



Cuento: Juan Bosch

(La Vega, Rep. Dominicana, 1909 -
Santo Domingo, 2001)

*Cuentos escritos en el exilio y apuntes
sobre el arte de escribir cuentos*

Ilustrado por: Ramón Emilio De Jesús

Con el generoso soporte e imaginación
aumentada por **MidJourney**: Un
software de Inteligencia Artificial (IA) que
genera imágenes a partir de
descripciones textuales.

Contacto: remildejesus@gmail.com
@AmplifiedImagitnaion.Art

... Santo Domingo, República Dominicana



Todos los que habían cruzado la puerta antes que yo habían entregado sus cabezas...



.. y yo las veía colocadas en una larga hilera de vitrinas que estaban adosadas a la pared de enfrente.



Seguramente en esas vitrinas no entraba aire contaminado, pues las cabezas se conservaban en forma admirable, casi como si estuvieran vivas, aunque les faltaba el flujo de la sangre bajo la piel.



Debo confesar que el espectáculo me produjo un miedo súbito e intenso. Durante cierto tiempo me sentí paralizado por el terror.



Pero era el caso que aún incapacitado para pensar y para actuar, yo estaba allí: había pasado el umbral y tenía que entregar mi cabeza. Nadie podría evitarme esa macabra experiencia. La situación era en verdad aterradora.



Parecía que no había distancia entre la vida que había dejado atrás, del otro lado de la puerta, y la que iba a iniciar en ese momento. Físicamente, la distancia sería de tres metros, tal vez de cuatro.



Sin embargo lo que veía indicaba que la separación entre lo que fui y lo que sería no podía medirse en términos humanos.

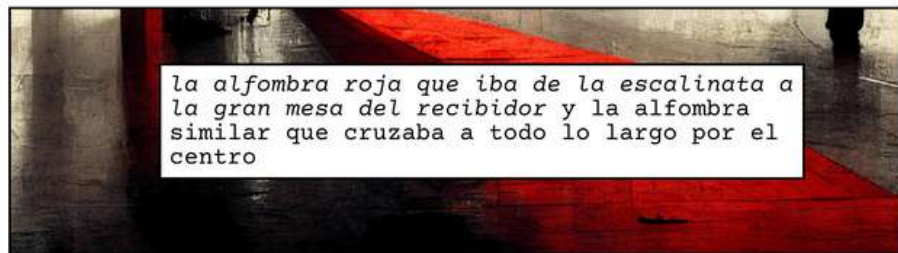
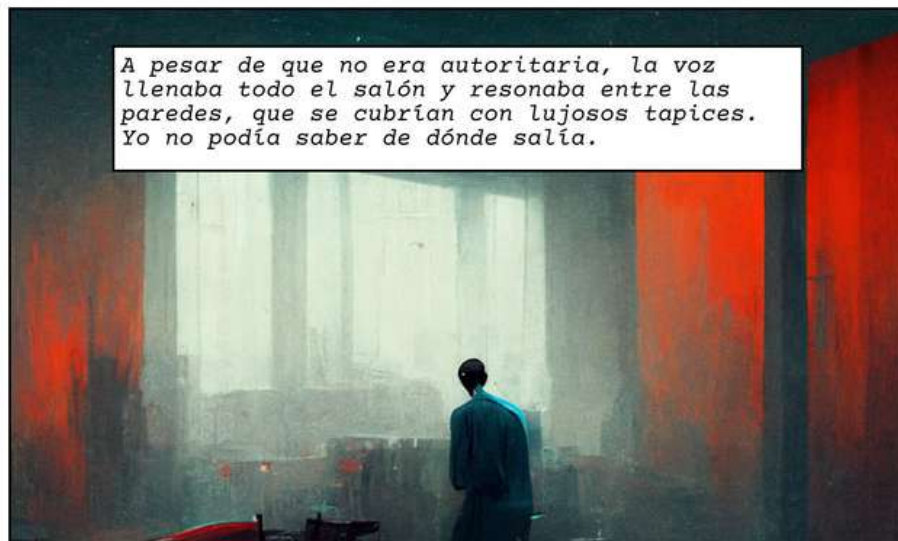


—Entregue su cabeza
—dijo una voz suave.



—¿La mía?
—pregunté, con tanto miedo que a duras penas me oía a mí mismo.







Sólo sabía a ciencia cierta que ninguna de las innumerables cabezas de las vitrinas había emitido el menor sonido.

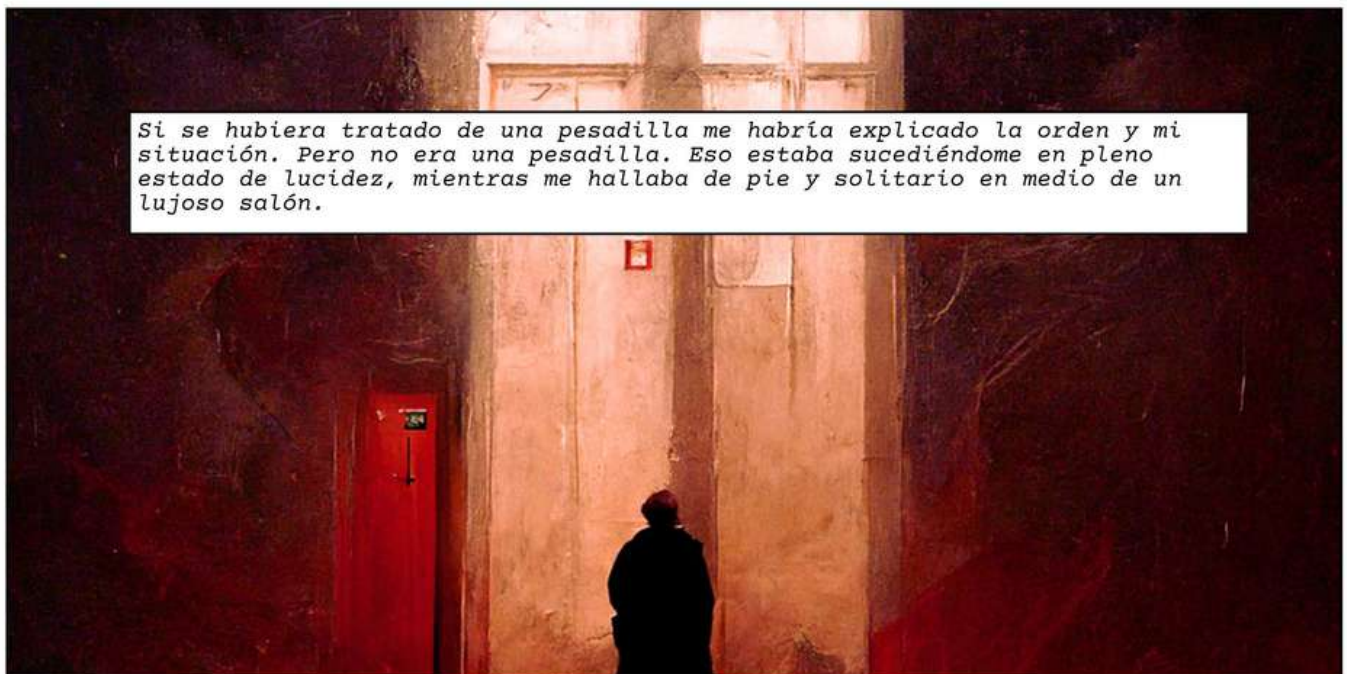


¿Y cómo me la quito?

Tal vez con el deseo inconsciente de ganar tiempo, pregunté.



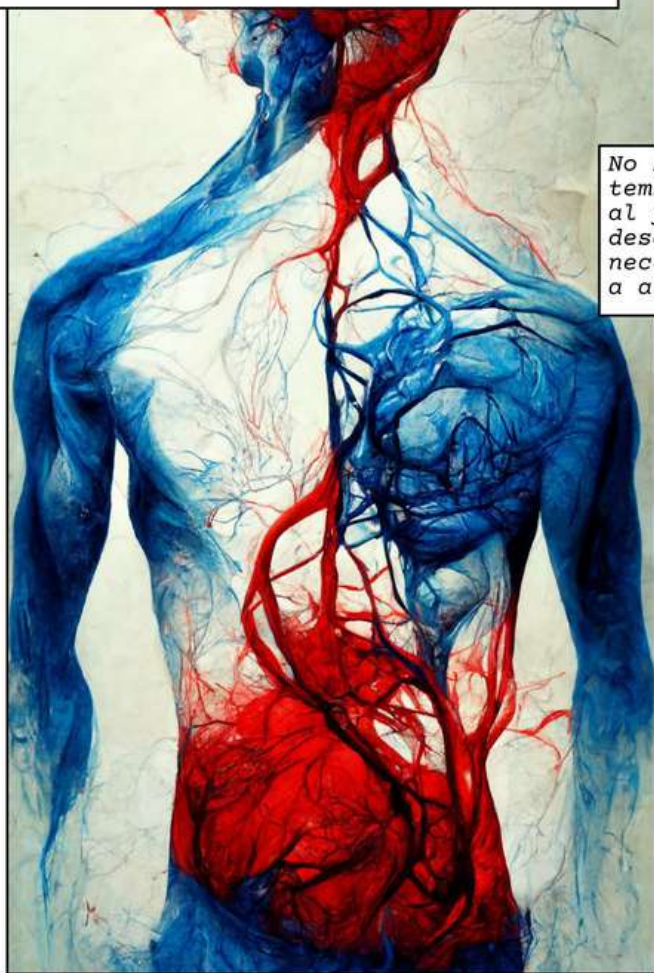
Sujétela fuertemente con las dos manos, apoyando los pulgares en las curvas de la quijada tire hacia arriba y verá con qué facilidad sale. Colóquela después sobre la mesa.



Si se hubiera tratado de una pesadilla me habría explicado la orden y mi situación. Pero no era una pesadilla. Eso estaba sucediéndome en pleno estado de lucidez, mientras me hallaba de pie y solitario en medio de un lujoso salón.



No se veía una silla, y como temblaba de arriba abajo debido al frío mortal que se había desatado en mis venas, necesitaba sentarme o agarrarme a algo.



No se veía una silla, y como temblaba de arriba abajo debido al frío mortal que se había desatado en mis venas, necesitaba sentarme o agarrarme a algo.



—¿No ha oído o no ha comprendido? —dijo la voz.



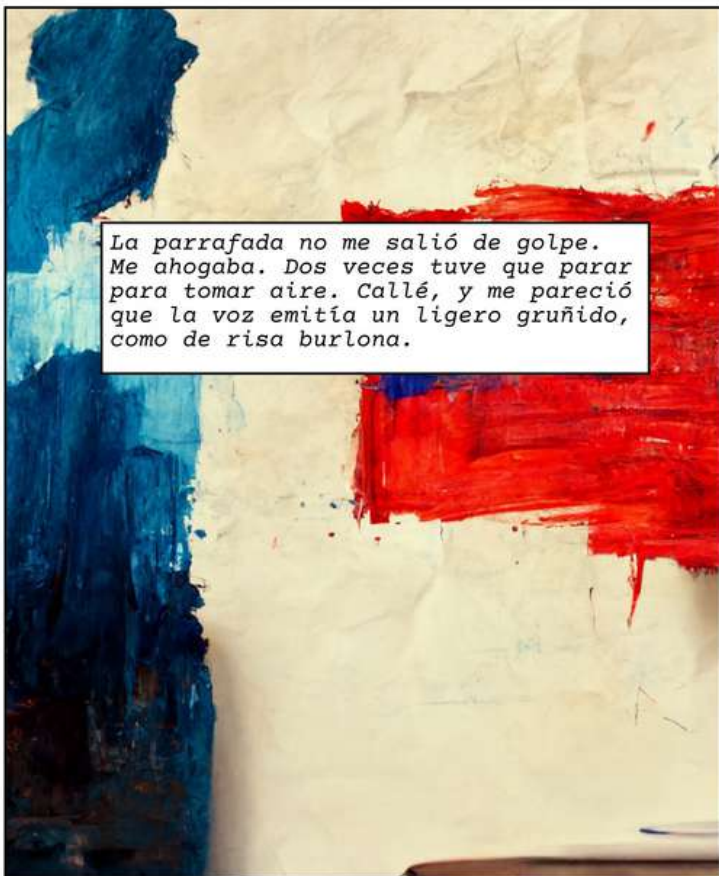
Ya dije que la voz no era autoritaria sino suave. Tal vez por eso me parecía tan terrible. Resulta aterrador oír la orden de quitarse la cabeza dicha con tono normal, más bien tranquilo. Estaba seguro de que el dueño de esa voz había repetido la orden tantas veces que ya no le daba la menor importancia a lo que decía.





-Sí, he oído y he comprendido -dije-

Pero no puedo despojarme de mi cabeza así como así. Déme algún tiempo para pensarlo. Comprenda que ella está llena de mis ideas, de mis recuerdos. Es el resumen de mi propia vida. Además, si me quedo sin ella, ¿con qué voy a pensar?



La parrafada no me salió de golpe. Me ahogaba. Dos veces tuve que parar para tomar aire. Callé, y me pareció que la voz emitía un ligero gruñido, como de risa burlona.



-Aquí no tiene que pensar. Pensaremos por usted. En cuanto a sus recuerdos, no va a necesitarlos más, va a empezar una vida nueva.





-¿Vida sin
relación conmigo mismo,
sin mis ideas, sin
emociones propias?
-pregunté.

Instintivamente miré hacia la puerta por
donde había entrado. Estaba cerrada. Volví
los ojos a los dos extremos del gran
salón. Había también puertas en esos
extremos, pero ninguna estaba abierta.



Peor aún: estábamos la voz y
yo. Pero la voz no era humana
no podía relacionarse con un
ser de carne y hueso.

El espacio era largo y de techo alto, lo
cual me hizo sentirme tan desamparado como
un niño perdido en una gran ciudad. No había
la menor señal de vida. Solo yo me hallaba
en ese salón imponente.



Me hallaba bajo la impresión de que miles de ojos
malignos, también sin vida, estaban mirándome desde
las paredes, y de que millones de seres minúsculos e
invisibles acechaban mi pensamiento.



En medio de mi terror actué como un autómata. Me lancé impetuosamente hacia la puerta, empujé al que entraba y salté a la calle.



Me di cuenta de que alguna gente se alarmó al verme correr tal vez pensaron que había robado o había sido sorprendido en el momento de robar.



Comprendía que llevaba el rostro pálido y los ojos desorbitados, y de haber habido por allí un policía, me hubiera perseguido.



De todas maneras, no me importaba. Mi necesidad de huir era imperiosa, y huía como loco.



Durante una semana no me atreví a salir de casa.



Oía día y noche la voz y veía en todas partes los millares de ojos sin vida y los centenares de cabezas sin cuerpo.



Pero en la octava noche, aliviado de mi miedo, me arriesgué a ir a la esquina, a un cafetucho de mala muerte, visitado siempre por gente extraña.



Ese fue el que huyó después que ya estaba...

Al lado de la mesa que ocupé había otra vacía. A poco, dos hombres se sentaron a ella. Uno tenía los ojos sombríos me miró con intensidad y luego dijo al otro:





Yo tomaba en ese momento una taza de café. Me temblaron las manos con tanta violencia que un poco de la bebida se me derramó en la camisa.

Ahora estoy en casa, tratando de lavar la camisa. He usado jabón, cepillo y un producto químico especial para el caso que hallé en el baño. La mancha no se va. Está ahí, indeleble. Al contrario, me parece que a cada esfuerzo por borrarla se destaca más.



Mi mal es que no tengo otra camisa ni manera de adquirir una nueva. Mientras me esfuerzo en hacer desaparecer la mancha oigo sin cesar las últimas palabras del hombre de los ojos sombríos:



El miedo me hace sudar
frío. Y yo sé que no
podré librarme de este
miedo que lo sentiré ante
cualquier desconocido. Pues
en verdad ignoro si los
dos hombres eran miembros o
eran enemigos del Partido.

